

Opinión

HACE 25 AÑOS

Se anunció que más de 3 mil presuntos terroristas, sospechosos de pertenecer a la ETA, habían sido detenidos en España, desde el 1 de diciembre de 1980, cuando entró en vigor la ley antiterrorista.

La Prensa

FUNDADO EN 1980
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE
Fernando Berguido

PRESIDENTE FUNDADOR
I. Roberto Eisenmann Jr.
DIRECTORES EMÉRITOS
Winston Robles
Guillermo Sánchez Borbón

DIRECTORA
Siaska Salcedo S.

SUBDIRECTOR
Ricardo Lombana

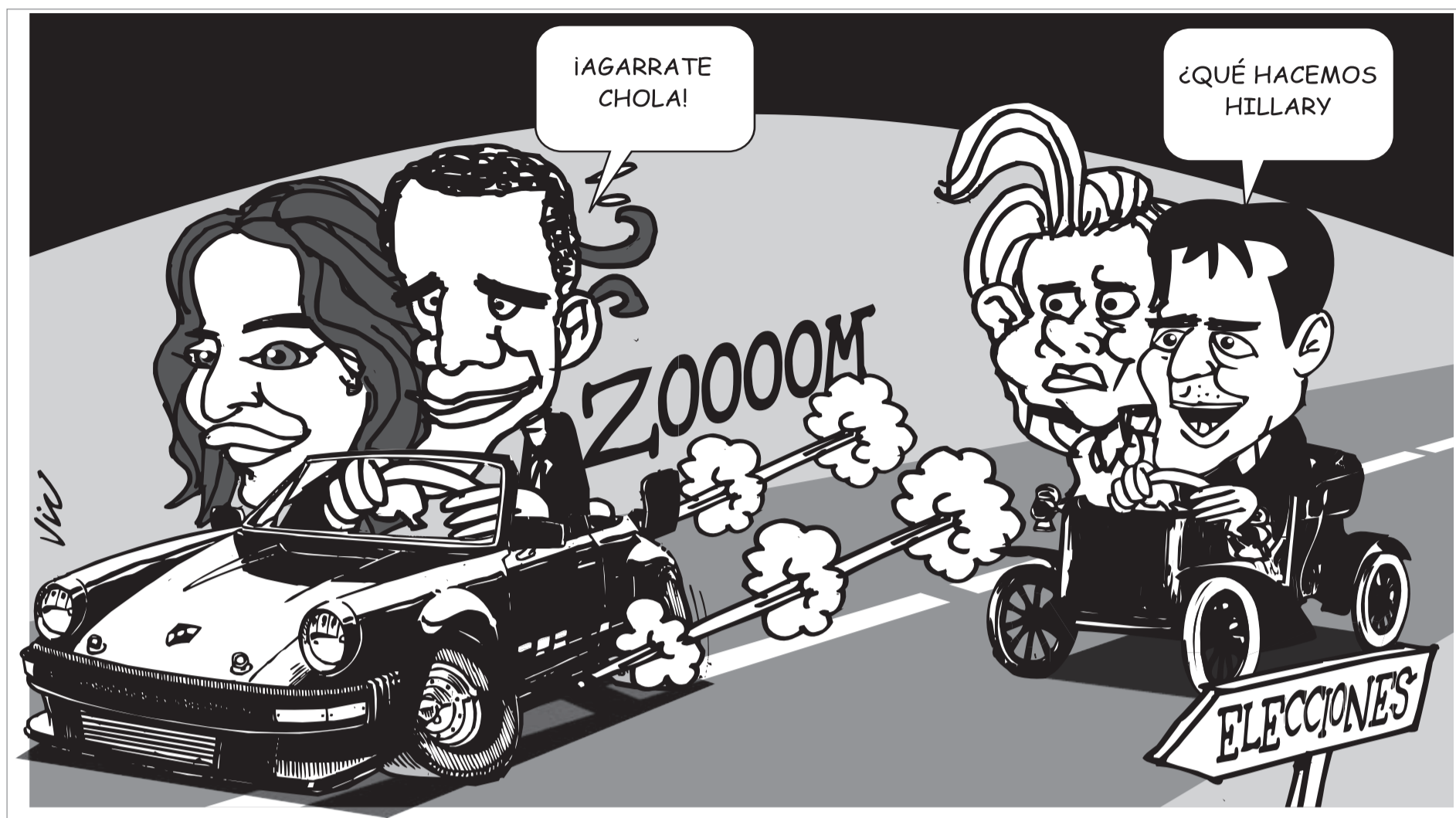
EDITORES:
Gionela Jordán y Cecilia Fonseca, (Jefas de Información), Rolando Rodríguez B. (Fin de Semana), Juan Luis Barista (Política), Jovanka Guardia (Sociales), Marianella Ferrer (Judiciales), Daniel Rodríguez (Nacionales), Liz Carrasco (Opinión), Rafael Calvo (Deportes), Yasmina Reyes (Mundo) Diego Quijano (Negocios), Tamara del Moral (Vivir +), Lourdes de Obaldía (Diseño), Edwards Santos (Fotografía), Mileika Bernal (Defensora del Lector), Luzmila de Flamarique (Corrección)

GERENTE GENERAL ENCARGADO:
César A. Tribaldos Giráldez
GERENTES: María E. de García de Paredes (Finanzas), Irma de Real (Comercialización), Juan Carlos Planells (Operaciones), Julio Moltró (Nuevos Medios)

La opinión de **La Prensa** se expresa únicamente en el **Hoydoy**. Los artículos de opinión así como las caricaturas son responsabilidad exclusiva de sus autores.

REDACCIÓN: 221-7515 - **PUBLICIDAD:** 323-7400
ADMINISTRACIÓN: 221-7537 - **SUSCRIPCIONES:** 222-9030 - **SUPLEMENTOS:** 323-7264

[OPINIÓN DE VIC]



EL IDIOMA ESPAÑOL.

Los bigotes de mi gato

Berna Calvit

bdcalvit@cwpanama.net

Cumplido el grato y honroso compromiso de presentar en la Biblioteca Ernesto J. Castellero el libro **La última palabra, Gramática aplicada**, del doctor Rafael Candanedo, cuya audacia lo llevó a poner la presentación de su obra en manos de esta simple aficionada a jugar con la palabra escrita, decidí ponerme al corriente con las noticias del país. Durante varios días estuve alejada del sufrimiento que me ocasionan los noticieros, que me gustan, o no, me ayudan a armar el rompecabezas nacional. Lo más relevante de los últimos días, pasada la novedad del parto de la señora Sandra Sandoval, parecía ser el asesinato del reguero Blackwood (Danger Man) que se investiga por su posible conexión con asuntos turbios. Lo que vi, del sepelio del reguero, la multitud de dolientes y las actividades previas al funeral (homenajes, *grafitis*, reportajes) debería mover a los especialistas en el estudio de la psiquis, a los padres de familia, los educadores, ¡a los gobernantes!, a ocuparse (y preocuparse) sobre el rumbo que lleva nuestra sociedad. Tanta atención a

Danger Man me recordó a ilustres y valiosos ciudadanos panameños que se fueron de este mundo casi inadvertidos, sin recibir los reconocimientos que merecían. Cuestión de valores (anti-valores) y de cultura (incultura). Y del poder y los intereses de los medios de comunicación para destacar, opacar, o simplemente ignorar personas y hechos. El *rating* manda.

Indecisa sobre qué escribir, una reportera logró que mis neuronas se pusieran de pie al advertir, ¡prodigio!, que con solo decir: “En lo que fue la iglesia adventista donde se velaron los restos de Danger Man...”, había logrado hacer desaparecer la iglesia. Con el fastidioso uso de “lo que”, loqueísmo, que nada tiene que ver con locura, al comentar en tiempo pasado las noticias desaparecen iglesias, avenidas, casi todo ¡Cualquier día nos dejan sin el Canal de Panamá! Así que resolví escribir sobre la presentación del libro **La última palabra**, cuya materia prima sale de las originales y amenas columnas dominicales de Candanedo en defensa de la integridad de la lengua española, en el suplemento “Mosaico” de **La Prensa**. Lengua en la que palabras como faracho,

truñño, marinovio y ñampeado, entre otras, sazonan nuestra forma de hablar y enriquecen el habla popular aunque no estén registradas en el diccionario de la Real Academia Española. Sobre el “enantes”, conté que un día mi nieta “washingtoniana” Gabriela Isabel, hija de madre panameña y padre boliviano me dijo: “Enantes se le cayeron los bigotes a mi gato”. Allí, en el “enantes” estaba el sello de una palabra que, aunque demonizada por algunos, es como marca de fábrica del hablar panameño. Palabra que recibe el agua bendita que le rocía Candanedo, pero que niega a otras, moscas en el tazón de leche del idioma.

Dije que con visión 20-20 y oído que capta el más leve tropezón verbal, Candanedo está siempre red en mano atrapando verbos mal conjugados, faltas de concordancia, palabras que no corresponden con el sentido que se les da, como es el caso de un robusto diputado que parece no tener claro que ingerir no es lo mismo que injerir (en la confección de leyes), tarea que no cumple pero cobra; no se salvan del pescador los anglicismos innecesarios, el “dequeísmo” o “el supuesto muerto”. Esa noche conté la si-

guiente anécdota para ilustrar las dudas que casi a todos nos acosan en algún momento. Una noche, mientras escribía le metí un frenazo al teclado. Llamé por teléfono a mi entrañable amigo, casi hermano, el notable escritor Pedro Rivera y le dije: “Oye, Pedrito, ¿cuándo se usa ‘donde’ y cuándo ‘a donde’?”. “¡No me jo... robes!”, contestó Pedro. “Yo escribo de oído”. El secreto para poder escribir como Pedro es haber aprendido las reglas gramaticales (como seguramente lo hizo); aunque se encuentren adormecidas en alguna circunvalación cerebral, allí están. El otro secreto es leer, leer y leer”.

Cité al poeta y excepcional escritor, Demetrio Fábrega, en cuya erudita obra **La degradación del español y el ocaso del hombre racional** apunta severo hacia “la proliferación de personas de educación mediocre o pobre en los medios de comunicación, en la radio, la televisión y la prensa escrita, como consecuencia de una competencia desenfrenada que atribuye más valor a lo que llega al mayor número y, por lo tanto, a lo que forzosamente emana de una voluntad de expresarse conforme al más bajo denominador común en la sociedad

servida”. La involución del idioma en Panamá es más obvia en los jóvenes; sufren de grave cojera gramatical y ortográfica; crecen tacaños en palabras y, limitados por falta de lectura, la capacidad para comunicarse afecta negativamente el proceso de aprendizaje. Cuando algún gobierno logre entender la importancia del idioma (que es patrimonio nacional), como instrumento de enseñanza, de aprendizaje y de comunicación inteligente, será cuando empezaremos a superar el atraso cultural que nos aqueja.

Terminé la presentación regalándole a Rafael Candanedo todas las palabras del diccionario, y también las inventadas, para que continúe buscándole la quinta pata, no al gato, sino a las palabras. Para que las engarce en poemas, las desguace para la crítica positiva, o las convierta en “cuerazos” para los que aman las palabras como las ama Rafael, como deberíamos amarlas todos. Como las amó Neruda porque “Brillan como perlas de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal rocío”. Porque “Todo está en la palabra”.

La autora es comunicadora social

ATENCIÓN DE SALUD.

‘El Niágara en bicicleta’

Alfredo U. Acuña H.

Al escuchar, por primera vez, el merengue **El Niágara en bicicleta**, del famoso cantautor dominicano Juan Luis Guerra, nunca imaginé que me ayudaría a pergeñar estas líneas. Pienso que Guerra, al escribir este merengue, estaba pensando en la región de América Latina y el Caribe, que lógicamente incluye a nuestro Panamá.

Las instalaciones del más que deprimente “cuarto de urgencias” del Complejo Hospitalario Dr. Arnulfo Arias Madrid (CHDAM), me recuerdan la parte inferior derecha de la famosa pintura de Miguel Ángel, **El Juicio Universal**, que representa a los condenados al infierno.

El panameño golpeado de fiebre, escalofrío y dolor en todo el cuerpo, acude –cuando puede– a una clínica privada de las que no dejan de existir en nuestras barriadas. Allí el facultativo más rápido que ligero

(se le aproxima el fin de turno) y mientras también habla por los inseparables celulares, ya es una costumbre imperecedera, le recomienda diclofenac inyectable así como comprimidos de antibióticos y la consabida acetaminofén. El afectado paga y se va.

Los malestares continúan, y el desgraciado panameño decide ir a un hospital de nivel dos, de la CSS, ya que es asegurado. La espera es de unas cuantas horas y la médica o médico que lo atiende, previo examen de sangre, le diagnostica dengue clásico y le receta la consabida acetaminofén. El pobre paciente continúa con los malestares y decide volver nuevamente al denominado hospital de nivel dos. Aquí deciden enviarlo al de nivel tres.

Comienza su vía crucis, ya que lo remiten a “urgencia” del CHDAM. Aquí es válida la letra del merengue de Guerra, particularmente aquella que dice: “Me llevaron a un hospital de gente (supuestamente)... en la

emergencia, el recepcionista escuchaba la lotería...”. En el caso panameño puede tratarse de una recepcionista que al llegar manifiesta prontamente: “No se atiende a nadie porque hay cambio de turno”. No escucha la lotería, como el dominicano, sino que comienza a maquillarse su cara de luna y pintarse la “bemba”. Si se trata de un hombre recepcionista, no es de extrañar verlo saborear una grasosa carimañola o empanada. Cumpliendo las disposiciones que dicta la indolencia burocrática, al desgraciado asegurado no le queda más que esperar. En su momento, da sus datos generales, presenta la documentación que le entregaron en el hospital de nivel dos y escucha la deshumana voz: “síntese y espere que lo llamen”. Lleva en el servicio denominado de “urgencia” unas cuatro horas y su situación es peor y no ha recibido ningún tipo de atención. Los pobres pacientes se hacen acompañar de familiares y amigos que mitigan, en algo, sus padeci-

mientos.

En la primera llamada lo atiende un joven médico que le resulta incómodo el caso, lo pasa a una joven médica que abunda en preguntas ya hechas, con el agravante que el paciente no la vuelve a ver. Había terminado su turno. Regresa el infeliz asegurado a la sala de espera y de malas se sienta en una silla para que lo vuelvan a llamar. Lo hacen en horas de la madrugada, habiendo llegado al anochecer, y le manifiestan: “Tenemos que esperar al especialista”. Éste llega varias horas después y sin muchas explicaciones termina enviándolo al final de los famosos pasillos donde se alinean las camillas. Pero no hay camilla disponible para el pobre asegurado, por lo que sentado completa las 24 horas antes de subirse a la tan esperada camilla. Esta tiene una gran novedad: es nueva.

De aquí el pobre espera que lo suban a una sala. Prospera el tráfico de influencia. A los médicos se les escucha repetir, hasta el cansancio,

que el problema es el sistema, olvidándose que ellos forman parte del mismo. Y en concreto: ¿Qué hacen para mejorarlo? ¡Se acaban de retirar de la mesa del diálogo para una nueva protesta! A un galeno le escuché la siguiente filigrana: “Al llegar a este servicio los más antiguos me manifestaron que el sistema no se puede cambiar, sino que hay que ajustarse al mismo”. Además, manifestó que “hacía unos días llegó un honorable diputado con un “faracho” y se apresuraron a atenderlo. Igual lo harían si se presentara, por ejemplo, la distinguida periodista Lucy Molinar. Testigos de estas “importantísimas” declaraciones son mi esposa y nuera. La desgracia del panameño de a pie es que no es honorable diputado ni periodista famoso.

¡Ah!... si no no ha escuchado, ni leído, ni visto el video del merengue, **El Niágara en bicicleta**, le recomiendo que lo haga.

El autor es ingeniero agrónomo jubilado